



El dulce vicio de escribir



La monja portuguesa Mariana Alcoforado (1640 - 1723), escribió, acaso las más bellas cartas de amor de la literatura. El destinatario de tan apasionada correspondencia fue el capitán francés Chamilly, quien había peleado contra los españoles en Portugal en las tropas de Schomberg en 1666.

Las cartas se publicaron en París en 1669 y rápidamente alcanzaron no sólo un gran éxito comercial, sino que despertaron verdadera admiración entre los grandes hombres de letras franceses, como Moliere, La Fontaine y Madame de La Fayette. Incluso existe la sospecha de que el mismo Racine haya intervenido, retocando la traducción al francés realizada por su íntimo amigo Guilleragues.

Considera, amor mío, cuán descuidado fuiste. ¡Desventurado! Te traicionaste y me traicionaste con falsas esperanzas. La pasión de la que tantos goces esperaba te causa ahora una desesperación mortal comparable apenas a esta cruel ausencia. Y esta ausencia, para la que todos los recursos de mi dolor no hallan nombre más funesto ¿no me dejará volver a contemplar tus ojos, en los que encontraba tanto amor, y que me hicieron conocer deleites que me colmaban de alegría; que suplían a todas las cosas y que, en fin, eran toda mi vida?

Ay, mis ojos, ya sin la luz que los animaba, sólo tienen lágrimas y no me sirven sino para llorar sin descanso desde que supe que decidiste una separación insoportable que no tardará en llevarme a la tumba. Pero se diría que me atraen las desdichas de las que eres la única causa. Desde que te vi te consagré mi vida y siento cierto placer en sacrificártela. Mil veces al día vuelan hacia ti mis suspiros, te buscan por todas partes y me traen, a cambio de tantas inquietudes, más que el consejo inequívoco de mi desventura, cuya crueldad no me deja engañarme y que me dice constantemente: "Deja, Mariana desdichada, deja de consumirte en vano y no esperes a un amante que no volverás a ver, que cruzó los mares huyendo de ti, que está en Francia en medio de placeres, que no piensa un solo instante en tus dolores, que te aparta de todos esos transportes que no sabe agradecerte."

Pero no. No puedo resignarme a pensar mal de ti y deseo tanto disculparte. No quiero pensar que me has olvidado. ¿No soy bastante desgraciada ya para atormentarme con falsas sospechas? ¿Y por qué empeñarme en no recordar toda la solicitud que ponías en demostrarme tu amor? Me hacía tan feliz esas atenciones que sería ingrata si no te amara con el mismo fuego que encendía mi pasión, cuando gozaba de las muestras de la tuya. Pero recuerdos de momentos tan dulces ¿podrán haberse vuelto tan amargos que, contra su naturaleza, no sirvan ya más que para atormentar mi corazón?

¡Ay! tu última carta le puso en un estado singular: eran tan violentas sus palpitaciones que parecía querer salir de mi pecho para ir a encontrarte. Con el quebranto de todas estas violentas emociones, me abandonaron por más de tres horas todos mis sentidos. No quería volver a una vida que he de perder por ti, ya que no puedo conservarla para ti. Muy a mi

pesar, vi por fin la luz. ¡Qué susto sentir que moría de amor! Y luego el consuelo de no estar ya expuesta a sufrir mi corazón deshecho con el dolor de tu ausencia.

Después de estos accidentes he tenido otras indisposiciones. ¿Pueden faltarme males no pudiendo verte? Los soporto sin protesta porque viene de ti. ¿Es el premio que me das por haberte amado tanto? A pesar de todo, estoy decidida a adorarte toda mi vida y a no interesarme en ningún otro. Y a ti te convendría no amar a nadie. ¿Podría satisfacerte una pasión menos ardiente que la mía? Más belleza podrás encontrarla (aunque en otro tiempo decías que yo era bastante hermosa) pero nunca tanto amor, y todo lo demás no vale nada.

No llenes tus cartas de cosas inútiles, ni me repitas que te acuerde. No puedo olvidarte, como tampoco olvido que me hiciste creer que vendrías a pasar algún tiempo conmigo. Ay ¿por qué no pasas toda la vida conmigo? Si pudiera salir de este odioso convento, no esperaría en Portugal que cumplieras tu promesa. Te iría a buscar, sin importarme nada, y te seguiría y te amaría por todo el mundo. No me atrevo a pensar que eso sea posible: no quiero alimentar ninguna esperanza que me consuele, pues no quiero sentir más que mis penas. Confieso, sin embargo, que la ocasión de escribirte que me dio mi hermano, sorprendió en mí algunos impulsos de alegría y templó un instante la desesperación en que vivo.

Dime, por favor ¿por qué te empeñaste en hechizarme, como lo hiciste, si sabías que tenía que abandonarme? ¿Por qué ensañarte tanto en hacerme desgraciada? ¿Por qué no me dejaste tranquila en mi convento? ¿Te había hecho yo algún mal? Pero, perdóname, de nada te culpo. No alcanzo siquiera a pensar en tu venganza y sólo acuso al rigor de mi destino.

Me parece que, separándonos, nos ha hecho todo el daño que podíamos temer. No podría separar nuestros corazones: el amor, más fuerte que él, los ha unido para toda la vida. Si algo te importa a mí, escríbeme seguido. Bien merezco que te preocupes de informarme sobre el estado de tu corazón y de tu vida. Sobre todo, ven a verme. Adiós, no puedo abandonar este papel que caerá en tus manos. Ojalá tuviera yo esa dicha. ¡Qué locura la mía! Ya sé que no es posible. Adiós, no puedo más. Adiós, ámame siempre y no dejes nunca de hacerme sufrir.